

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Consagrados por el Dios Trinidad,
como Comunidad Profética de
Hermanos apasionados por Dios
y por los Pobres**

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de Diciembre de 2010

*La palabra del Señor llegó a mí en estos términos:
Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía;
antes de que salieras del seno, yo te había consagrado,
te había constituido profeta para las naciones.
Yo respondí: ¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar,
porque soy demasiado joven.
El Señor me dijo: No digas: 'Soy demasiado joven',
porque tú irás adonde yo te envíe
y dirás todo lo que yo te ordene
(Jr 1,5-7)*

*Y ahora, ha hablado el Señor,
el que me formó desde el seno materno
para que yo sea su Servidor,
para hacer que Jacob vuelva a él
y se le reúna Israel.
Yo soy valioso a los ojos del Señor
y mi Dios ha sido mi fortaleza.
Él dice: Es demasiado poco que seas mi Servidor
para restaurar a las tribus de Jacob
y hacer volver a los sobrevivientes de Israel;
yo te destino a ser la luz de las naciones,
para que llegue mi salvación
hasta los confines de la tierra (Is 49,5-6).*

*Pero un día, a Aquél que me había escogido desde el
seno de mi madre,
por pura bondad, le agradó llamarme
y revelar en mí a su Hijo para que lo proclamara...
(Ga 1,15-16).*

Hermanos:

Como Jeremías e Isaías en estos textos paralelos, y como Pablo que se apropia de ellos, nosotros también hemos sido llamados por Dios, desde el seno materno, y a pesar de nuestros límites y debilidades, para ser portadores de su Palabra y hacer visible la ternura de su amor maternal. Esta llamada se revela como pura gratuidad. No hay razones lógicas, ni mucho menos morales, que nos lo hayan hecho merecer. Dios en sus misteriosos designios así lo ha querido. Él es nuestra fortaleza, y nuestra misión, gracias a la internacionalidad del Instituto, no tiene fronteras y se dirige a una multitud de naciones, razas, culturas y religiones. Como lo intuyó nuestro Fundador, nuestra misión es ser instrumentos de salvación para los jóvenes, especialmente aquellos que son víctimas de la pobreza, faltos de amor o en busca de un sentido para sus vidas. El *Dios que quiere que todos se salven* cuenta con nosotros para realizar este proyecto de amor incondicional y desproporcionado. Salvación que, como Pablo nos dice, se ha revelado plenamente en Jesús, su Hijo, cuya misión estamos llamados a proseguir y su mensaje a proclamar.

Es en este sentido que podemos decir que estamos llamados a ser profetas. Profetas de los jóvenes que deben descubrir al Dios que los ama a través de nuestro afecto, interés y cercanía. Como nos recordaba San Juan Bautista de La Salle: *Es necesario que veáis la obligación que tenéis de ganar su corazón como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente. Reflexionad a menudo que si no os valéis de este medio, los alejaréis de Dios, en vez de conducirlos a Él* (Med 115,3).

Profetas que hacemos camino con ellos, no tanto como maestros de verdades cuanto como compañeros que acompañan y como Hermanos mayores. Profetas que escuchamos y comprendemos el lenguaje de los jóvenes y que, al mismo tiempo, somos para ellos el lenguaje de Dios y portadores de su amor.

Ciertamente, el Dios Trinidad nos ha consagrado para que seamos sus profetas. Lo hizo ya en nuestro bautismo como lo afirma el Vaticano II: *el Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es fruto de los labios que confiesan su nombre* (cf. Hb 13,15) (LG 12). Y ha reforzado en nosotros esta llamada por medio de nuestra consagración religiosa, en la que el procurar la gloria de la Trinidad, por medio de nuestro ministerio de educación humana y cristiana, se ha convertido en el objetivo final y más importante de nuestras vidas. El Padre nos ha llamado para continuar la misión del Hijo, con la luz y fuerza del Espíritu.

En el Credo afirmamos que el Espíritu *habló por los profetas*. Y con toda razón podemos también decir que no sólo habló, sino que sigue hablando por los profetas. Nuestra vocación es una invitación a continuar esta misión profética. Esto lo intuyó muy bien el Fundador, como lo podemos ver en la Meditación para el tercer domingo de Adviento, en la que inspirándose en San Pedro cuando asevera que *la profecía no se hizo por la voluntad de los hombres en tiempos pasados, sino que los hombres de Dios hablaron por inspiración del Espíritu Santo* (2P 1,21), nos dice: *También hoy hablan*

impulsados por el Espíritu de Dios cuantos anuncian su reino. Pero si Dios se vale de los hombres para hablar a aquellos a los que dan a conocer las verdades cristianas, y para preparar sus corazones a ser dóciles a ellas, corresponde sólo a Dios, dice el Sabio, guiar sus pasos y dar a sus corazones la docilidad que necesitan para saborear las santas verdades que Dios les ha dado a conocer (Med 3,2).

Soy consciente de que hablar del Hermano como profeta puede despertar cierto rechazo, porque solemos cuestionar a aquellos que hablan de justicia y viven sin coherencia, o porque el profetismo puede reducirse a lo político, sin apertura a una dimensión de misterio y mística. Por consiguiente, debemos tener muy claro que no es por decisión propia que nos creamos profetas, tampoco es que queramos que se nos llame así, o nos creamos dignos de este nombre. El profeta siempre responde a la iniciativa de Dios y no a sus ideas personales. Y es precisamente por eso, porque hemos sentido el llamado de Dios a pesar de nuestros límites y debilidades, que debemos llevar su mensaje, no por mérito propio, sino por gracia. No por ser mejores que los demás, sino simplemente porque hemos sido llamados gratuitamente por Dios para compartir y ser testigos de su amor apasionado por la humanidad.

En efecto, los profetas han estado habitados por una doble pasión. La pasión por Dios y la pasión por su pueblo. La pasión del Dios que los envía y del que son portavoces. La pasión del pueblo al que se dirigen, especialmente el pueblo pobre y explotado con el que se identifican y aman profundamente. *Para los profetas Dios es lo primero y lo más impor-*

tante; son hombres de oración contemplativa que nos ayudan a mirar la vida con los ojos de Dios. Desde esta experiencia de Dios analizan las realidades históricas para discernir los signos de los tiempos, es decir, los acontecimientos de gracia por los que Dios pasa por la historia o ésta se abre al proyecto de Dios. Los profetas son defensores hasta gastar y dar la vida en la causa de los pobres, los débiles, los marginados, etc.; el profeta une su suerte a la causa de los más pobres y se implica hasta el final (Jesús Sartre). Estamos llamados a seguir sus pasos y a hacer nuestra esta doble pasión que debe impulsar nuestras vidas: Dios y los pobres.

La llamada a ser profetas debe abarcar tanto nuestra vida personal como nuestra vida comunitaria. Hoy se habla mucho de la comunidad profética, porque es más convincente el testimonio de un grupo que el testimonio individual y porque en la comunidad podemos hacer nuestros los dones de cada Hermano. Pero posiblemente la razón teológica más importante es que, en la comunidad, por la calidad y hondura de nuestro cariño fraterno, reproducimos las relaciones de conocimiento y amor que se dan en el seno de la Trinidad. Para mí un modelo maravilloso de comunidad profética es la de los Hermanos de Turón, unidos en la muerte martirial en la flor de la juventud y que habían aceptado voluntariamente, en los meses anteriores a su martirio, el reto de estar ahí juntos a pesar del peligro inminente. Cada una de nuestras comunidades debería hacer suyos los sentimientos a los que nos invita San Pablo: *Ustedes son de la casa de Dios... edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, con el Mesías Jesús como piedra angular (Ef 2,20).*

En estas reflexiones sobre la dimensión profética del Hermano, como en las Cartas anteriores a partir del año 2007, las Meditaciones del Fundador para el Tiempo de Retiro nos acompañarán, especialmente dos, en las que se nos impele a vivir con celo ardiente nuestra vocación de Hermanos. Ese celo que quemó el corazón de los profetas y de Jesús (Meditaciones, 201, 202). Y las dos en que nos recuerda la obligación que tenemos de reprender y corregir, que actualizan en nuestras vidas el carácter contestatario y contracultural propio del profeta o el lenguaje provocativo capaz de despertar las conciencias. (Meditaciones 203, 204). A lo largo de esta Carta irán apareciendo muchas citas de estas meditaciones.

1. VOCACIÓN PROFÉTICA DEL HERMANO

*Ama con ternura,
actúa con justicia,
camina humildemente con tu Dios (Mi 6, 8).*

Como religiosos estamos llamados a ejercer un ministerio profético, junto al Pueblo de Dios, del que somos parte. Este ministerio cobra hoy nueva fuerza y urgencia porque estamos viviendo un momento difícil en la historia de la Iglesia y de la sociedad. Como nos dice el carmelita Ciro García: *Vivimos en una época que algunos han parangonado al exilio. Al igual que Israel se encontró despojado de todas sus seguridades (el templo, lugar de la presencia de Dios) también en la vida consagrada, especialmente en occidente, hemos perdido muchos puntos de seguridad y se ha abierto paso a la búsqueda. El exilio es también una experiencia espiritual: "Salí*

tras ti clamando, y eras ido” (Juan de la Cruz); una ocasión para retomar el camino de la consagración y de la misión con renovada esperanza.

Como religiosos hoy se nos invita a ser místicos y profetas. La experiencia mística nos permite sentir la irrupción de Dios en lo más profundo de nuestro ser. Podemos recordar cómo nuestro último Capítulo General nos hizo un serio llamado a mejorar nuestra vida interior. La experiencia profética, a su vez, es una llamada que nos viene de fuera y que exige la realización de una acción transformadora en la historia de acuerdo al proyecto de Dios. Vita Consecrata nos presenta al profeta Elías como prototipo de nuestra dimensión profética, *profeta audaz y amigo de Dios. Vivía en su presencia y contemplaba en silencio su paso, intercedía por el pueblo y proclamaba con valentía su voluntad, defendía los derechos de Dios y se erguía en defensa de los pobres contra los poderosos del mundo* (cf. 1 Re 18-19) (VC 84). Dios y el pueblo o, en términos lasallistas, la Trinidad y los jóvenes pobres.

El Fundador también nos pone como modelo a imitar al profeta Elías, al invitarnos a apartar a los niños y jóvenes de todo lo que pueda ofender a Dios: *En eso habéis de manifestar, a ejemplo del profeta Elías, vuestro celo por la gloria de Dios y por la salvación de vuestros discípulos. ‘Me abrasó el celo por el Señor de los ejércitos, dice, porque los hijos de Israel rompieron la alianza que habían sellado con Dios’. Si os anima el celo por los niños de los que estáis encargados, y si trabajáis por alejarlos del pecado, como es vuestro deber, cuando caigan en alguna falta, será preciso que os pongáis en las mismas disposiciones del profeta Elías, y que excitando en vosotros el santo*

ardor de que estaba animado el profeta, les digáis: soy tan celoso de la gloria de mi Dios, que no puedo veros renunciar a la alianza que sellasteis con Él en el bautismo, ni a la condición de hijos de Dios que habéis recibido (Med 202,1).

Como nos dice Dolores Aleixandre, el proceso vivido por Elías puede ser paradigmático para la vida consagrada. El desplazarnos como él:

- *De los lugares de arriba a los lugares de abajo:* de dirigirse al rey a ir a la casa de la viuda; de los santuarios a la viña; de lo alto del monte a los lugares de la injusticia.
- *De la suficiencia a la receptividad:* el paso de Elías por el desierto, su acostarse debajo de la retama y quejarse de cansancio hace que de su escuela aprendamos a ponernos de pie y a seguir caminando.
- *De los imperativos a la súplica:* de actitudes más prepotentes a etapas de reciprocidad, de recibir, de aprender.
- *Del triunfo a la experiencia de los límites:* estos límites nos indican que estamos en un tiempo de Gracia porque lo que nace de la pobreza va amarrado al Evangelio.
- *Del protagonismo a la sombra:* cuando Elías se siente solo, recibe de Dios la lección de que hay muchísima gente que también le es fiel.
- *Del Dios del huracán al Dios del silencio:* el silencio tiene una evocación mística... la vida religiosa, cargada de palabras y documentos, necesita más del silencio.

Dios y los pobres, mística y profecía son una llamada a ir a lo esencial. Como proféticamente lo expresó Dietrich Bonhoeffer, en la antesala de su martirio: *Nuestra Iglesia, que durante estos años sólo ha luchado por su propia subsistencia, como si fuera una finalidad absoluta, es incapaz de erigirse ahora en portadora de la Palabra que ha de reconciliar y redimir a los hombres y al mundo. Por esta razón, las palabras antiguas han de marchitarse y enmudecer, y nuestra existencia de cristianos sólo tendrá, en la actualidad, dos aspectos: orar y hacer justicia entre los hombres. Todo el pensamiento, todas las palabras y toda la organización en el campo del cristianismo, han de renacer partiendo de esta oración y de esta actuación cristiana...* (Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio, Sígueme, 2008, pág. 168).

Como educadores cristianos, estamos también llamados a ser profetas. Hoy más que ayer, los jóvenes necesitan nuestra palabra y nuestro testimonio como *ministros de Dios* y *embajadores de Jesucristo*. Lo necesitan porque hoy se han perdido muchos puntos de referencia y los modelos que se ofrecen a los jóvenes suelen ser muy superficiales. El Corriere de la Sera publicaba el 31 de julio del 2008 que, entre los muchachos italianos, el 34,2% tiene como modelo a los futbolistas y el 31,2% de las muchachas, las estrellas del mundo del espectáculo. Como dice Alessandro Cavalli, profesor de sociología de la Universidad de Pavía, al analizar esta encuesta: *Las profesiones ligadas a la popularidad, continúan ejerciendo un fuerte influjo y la influencia de los "reality" se siente todavía: los escenarios de vida adulta que observan los jóvenes, alimentan juegos de fantasía que después, brutalmente, chocan con la realidad.*

1. Profetas del Dios revelado por Jesús

Los profetas son escogidos y llamados por Dios. *El profeta es un hombre de Dios... Escogido, nombrado y enviado por Dios, ha de transmitir sólo el mensaje de Dios, dándole su forma y estilo propios* (Luis Alonso Schoekel).

Dios es el absoluto de nuestras vidas. Nuestra vocación de Hermanos encuentra en Él su motivación más profunda. Por Él suspiramos y a Él buscamos, su proyecto salvífico da sentido a lo que hacemos, buscar su gloria es nuestro objetivo existencial. Por eso como dice la religiosa norteamericana Sandra Schneiders: *La mística forma parte integrante de nuestro testimonio y de nuestra vocación profética. De la misma manera que la vocación profética de Jesús estaba enraizada en su intensa vida de oración contemplativa y era la expresión de ella, la contemplación nos hace capaces de ver el mundo y el pueblo al que estamos llamados a servir, desde el punto de vista de Dios.* Se trata de la óptica de la fe y de la acción del celo ardiente, a lo que nos invita el Fundador y constituyen nuestro espíritu.

En el mes de mayo pasado, la Unión Internacional de Superiores Generales (UISG), celebró en Roma su Asamblea plenaria con el tema de la dimensión místico-profética de la Vida consagrada. Uno de los presentadores fue un rabino norteamericano, que afirmó en sus palabras una verdad que debemos hacer nuestra. *El rabino no debe ser visto sólo como un profesional sino, sobre todo, como una persona auténtica que se ocupa concretamente de los demás. Como sabéis, esta aptitud de estar presente sólo puede venir de vuestra vida espiri-*

tual. Una vida de entrega a los demás exige alimentarse constantemente de la presencia de Dios. Para sostener a las personas tanto en las penas como en las alegrías, un rabino debe manifestar la propia fuerza, que en realidad no es del todo suya sino de Dios, en quien está arraigado por la fe (Rabino Arthur Green).

La espiritualidad del Exilio debe iluminarnos en relación a la imagen de Dios que hoy debemos hacer presente con nuestras vidas. Como en el exilio los profetas presentaron al Dios que antes estaba vinculado al Templo, a la Monarquía, al culto oficial, de una manera más cercana a la gente, más familiar y consoladora, como padre (Is 63,16), como madre (Is 43,3), como marido (Is 54, 4-5), como hermano mayor (Is 41,14), así también nuestro lenguaje y testimonio deben hacer presentes a los jóvenes y a nuestros contemporáneos su rostro compasivo y lleno de ternura: *Porque así dice el Altísimo, el que vive para siempre, cuyo nombre es el Santo: Habito en un lugar alto y sagrado, pero también estoy con el arrepentido y el humilde, para animar el espíritu de los humildes, para animar el corazón de los arrepentidos* (Is 57,15).

Pero es sobre todo la revelación de Dios hecha por Jesús la que nos debe impulsar y motivar. La experiencia de Dios como Padre es el corazón del Evangelio. Jesús se identificó con su voluntad, y esta voluntad no era otra que el Reino de Dios, en el que todos puedan alcanzar la felicidad plena. Se trata verdaderamente de una Buena Nueva. Desgraciadamente no siempre hemos podido transmitir este rostro de Dios, y hoy todavía hay algunos que piensan con L. Feuerbach que *para enriquecer a Dios debe empobrecerse el hombre;*

para que Dios sea todo, el hombre debe ser nada. Nada que ver ciertamente con el Dios revelado por Jesús que, como dice Pablo, nos consuela para que podamos consolar *a los que están en toda tribulación con el consuelo con que somos consolados* (2 Co 1,4). El escritor japonés Shusaku Endo, en su novela *El Silencio*, cuando el protagonista está a punto de apostatar y se lamenta: *Señor me dolía que estuvieras siempre en silencio.* Oye de boca de Dios la siguiente respuesta: *No estaba en silencio. Estaba sufriendo contigo.*

Jesús entendió su misión como un servicio en el que la prioridad la tenían las personas, a las que acogía con ternura y respeto. Jesús no sólo hablaba de Dios sino que lo revelaba comunicando su propia experiencia de Hijo, era la presencia de Dios en la historia. Como nos dice el carmelita brasileño Carlos Mesters: *El punto sobre el cual Jesús insistía principalmente era la reconstrucción de la vida comunitaria. El objetivo del anuncio del Reino es reconstruir el tejido de las relaciones humanas, reconstruir la comunidad, imagen del rostro de Dios. Todo lo demás, las leyes, las normas, las imágenes, la catequesis, todo debe hacer referencia a este valor central, expresión de la igualdad de dos amores: Dios y el prójimo.*

2. Profetas de la fraternidad

Precisamente porque en el Evangelio las relaciones humanas deben reflejar el rostro de Dios, nuestra fraternidad constituye uno de los elementos en que debe aparecer más claramente nuestra dimensión profética. Pero también, por el hecho de que vivimos hoy en el mundo una tremenda crisis a nivel de familia, que se traduce fácilmente en sole-

dad y falta de un grupo de referencia. Por eso crece en todas partes, especialmente de parte de los jóvenes, la necesidad de sentirse acogidos, valorados, de ser escuchados, de modelos auténticos de vida. *De ahí que uno de los grandes signos que hoy puede ofrecer la vida consagrada, como signo evangélico pobre y humilde, sea sencillamente la casa: que allí donde haya consagrados, haya casa abierta, acogedora, fraterna, como signo de comunión en la Iglesia* (Ciro García).

El documento Vida Consagrada nos presenta el signo de la fraternidad como uno de los elementos fundamentales de nuestra vida. Fraternidad inspirada en la relación de Jesús con sus apóstoles, inspirada también en la primera comunidad cristiana pero, sobre todo, fraternidad que debemos vivir a imagen de la Trinidad. *En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, «muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas* (VC 41).

Podemos ver en lo anterior una gran coincidencia con el pensamiento de nuestro Fundador, cuando por un lado nos pide penetrarnos *de este sentimiento: en las comunidades hay que hacer revivir los sentimientos de los primeros cristianos, que no tenían más que un corazón y un alma* (Med 113,2). Y por otra, nos presenta la Trinidad como el modelo a seguir: *Jesucristo pide al Padre Eterno para sus santos apóstoles... unión muy estrecha entre ellos, que sea tan íntima y estable, que desea se asemeje a la de las tres divinas personas; no en*

todo, puesto que ellas poseen, las tres, una misma esencia; sino por participación, y de tal modo, que la unión de espíritu y de corazón que Jesucristo deseaba que existiese entre sus apóstoles, produjera el mismo efecto que la unión esencial que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir, que entre todos ellos sólo hubiese un mismo sentir y un mismo querer; las mismas aficiones, las mismas máximas y las mismas prácticas (Med 39,3).

Nuestro voto de castidad es una palabra profética de fraternidad, porque a partir de un profundo amor por Cristo nos abre el corazón a las dimensiones del mundo. Nadie puede quedar fuera. En un mundo que crea fronteras, en donde los emigrantes son rechazados, en el que el círculo de las relaciones es cada vez más limitado, en donde vivimos la cultura del control, nuestro amor universal, abierto e incondicional es una de las mejores maneras de hacer visible el rostro de Dios y su plan universal de salvación. Por nuestra castidad debemos trabajar para que en las relaciones humanas podamos pasar de la separación, división, odio o indiferencia a la unión, la fraternidad, el amor y el interés por los demás.

La castidad se mide por la capacidad de entregarnos a los demás. De lo contrario podrá salvarse la continencia material, pero el corazón no será verdaderamente casto sino que quedará oprimido, mutilado, disminuido... Nuestro amor a Dios está llamado a expresarse y complementarse en el amor por los demás. No puede darse una sana relación con Dios sin una sana relación con los demás. Por eso la castidad debe llevarnos a la experiencia de la amistad. Y no de-

bemos amar únicamente con nuestra propia capacidad de amar sino con la capacidad que crea en nosotros el don del Espíritu. Como decía Juan Pablo II, debemos amar *a la manera misma de Cristo, depositando en el corazón de los hombres, la ternura humana y divina que Él les trae*. Podríamos identificar nuestro voto de castidad con la llamada que nos hace el profeta Miqueas: ama con ternura (Mi 6,8).

3. Profetas de la Palabra

El ministerio de la Palabra es esencial en la vocación profética y siempre se da un vínculo entre el profeta y la Palabra de Dios que debe transmitir: Yahvé toca la boca de Jeremías y un carbón encendido purifica los labios de Isaías, Ezequiel se come un rollo que contiene el mensaje de Dios... El profeta es el hombre de la Palabra, en la que Dios se revela a sí mismo y revela también su proyecto salvador. El carácter profético de la vida religiosa nos exige ser instrumentos del plan de Dios, anticipando con nuestra vida los valores del Reino. Para esto debemos estar a la escucha de la Palabra, orar con la Palabra e interpelar a nuestros contemporáneos con la Palabra. Así somos mediadores entre Dios, cuya palabra escuchamos y acogemos, y nuestros hermanos y hermanas, que buscan saciar su hambre de infinito.

Se trata de una Palabra que se revela también a través de gestos proféticos, que deben llevar a la reflexión y a la toma de conciencia para iniciar un camino de conversión. Hoy damos mucha importancia a esta dimensión simbólica, porque la palabra fácilmente se desvaloriza y el testimonio concreto es más convincente. *La verdadera profecía nace de*

Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado (VC 84).

Seguramente todos hemos experimentado la fuerza transformadora de la Palabra en nuestro itinerario existencial y debemos agradecer al Fundador la centralidad de la Palabra en nuestra vida espiritual y apostólica. Una Palabra que nos invita a encarnar en nuestra existencia, siendo coherentes con lo que enseñamos. Por eso nos invita a seguir el ejemplo de Jesús cuya palabra era atestiguada con sus acciones. *Vuestro celo para con los niños de quienes tenéis la dirección sería muy imperfecto, si no lo ejercierais más que instruyéndolos; pero llegará a ser perfecto si vosotros mismos practicáis lo que les enseñáis. Pues el ejemplo produce mucha mayor impresión que las palabras en la mente y en el corazón; principalmente en los niños, quienes, por carecer aún su mente de suficiente capacidad de reflexión, se forman ordinariamente imitando el ejemplo de sus maestros; y se inclinan más a hacer lo que ven en ellos que lo que les oyen decir, sobre todo cuando sus palabras no concuerdan con sus obras (Med 202,3).*

Pero se trata de una Palabra que debemos hacer nuestra, de una manera personal y única. Es una palabra transmitida que supone una apropiación personal. Es la materia a la que cada uno debe dar forma. Aquí no vale copiar modelos y no debemos tampoco imponer nuestro modelo. Jeremías nos presenta al Señor como el alfarero que nos modela. En este

sentido puede ser iluminadora la narración que nos hace Eduardo Galeano, sobre el estilo de los indios del Noroeste de América: *A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos. Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia. Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla.*

4. Profetas de los pobres

Como nos dice la teóloga brasileña María Clara Lucchetti Binghamer: *Cada vez que se atenta contra la justicia, el Amor sufre. Ante el sufrimiento del inocente el Amor, Dios, no puede sino zambullirse en el sufrimiento, estando al lado del más débil, del oprimido, sufriendo con él. Sólo así se puede afirmar que el amor es el sentido último de la historia, más fuerte que la muerte. Sólo así se puede afirmar que Dios es amor.* A este Dios que se identifica con el sufrimiento del inocente, con la pobreza de los desposeídos, con la desesperanza de los que no encuentran sentido a sus vidas, es al que tenemos que hacer presente con nuestras vidas, como lo hicieron los profetas y sobre todo como lo hizo Jesús. Pero para eso debemos ver la realidad con los ojos de Dios, y para esto necesitamos encontrarnos con Él, ya que como nos dice Tomás Merton: *en la oración contemplativa pasamos a través del centro de nuestro propio ser al mismo ser de Dios donde nos vemos a nosotros*

mismos y a nuestro mundo con una claridad, una simplicidad y una veracidad que no es accesible de otra manera.

Tenemos el privilegio de haber nacido para los pobres que, como San Lorenzo, el Fundador considera el mayor tesoro de la Iglesia: *Admiremos cuán grande era la fe de este santo, al considerar a los pobres como los tesoros de la Iglesia, es decir, como lo más rico e importante en la Iglesia, por su mayor relación con Jesucristo. Pongámonos en los mismos sentimientos de este santo, nosotros, a quien Dios ha confiado la porción más preciosa de sus tesoros* (Med 154,1).

Por eso la realidad de nuestra sociedad actual no puede dejarnos indiferentes cuando sabemos que, por ejemplo, cada tres segundos muere un niño en el mundo. Es un dato duro y frío, pero también real. Esto significa que este año, de acuerdo a la ONG “*Save the children*”, morirán 9,5 millones de niños. No podemos no ser conscientes de lo que hoy se empieza a llamar *la generación perdida*, constituida por jóvenes sin empleo, cuyo número en el año 2009 aumento al 13% representando a 81 millones de jóvenes, muchos de los cuáles no tendrán en su vida la experiencia del trabajo (Informe de la OIT, 12 de agosto de 2010). No podemos quedarnos indiferentes cuando vemos que las leyes migratorias se endurecen y se desconocen muchas veces los derechos humanos más elementales; no podemos quedarnos tranquilos cuando sabemos que el hambre aumenta en el mundo y que las guerras, el terrorismo siguen haciendo víctimas y que el número de los excluidos aumenta. Tampoco podemos pasar de lado ante tantos jóvenes que no encuentran sentido a sus vidas y viven en soledad.

En su mensaje para el 1º de enero de este año el Papa Benedicto XVI, ante la situación que viven hoy tantos niños, especialmente en lugares conflictivos, nos invitaba a no apagar su sonrisa ni envenenar sus corazones y a dejarnos interpelar por sus rostros: *rostros minados por el hambre y la enfermedad, rostros desfigurados por el dolor y por la desesperación. Los rostros de los pequeños inocentes son una llamada silenciosa a nuestra responsabilidad: frente a sus condiciones de impotencia, se destruyen todas las falsas justificaciones de la guerra y de la violencia. Debemos simplemente convertirnos en diseñadores de la paz, deponer las armas de todo tipo y comprometernos todos juntos para construir un mundo más digno de la persona.*

Nuestro deber es hacer escuchar nuestra voz profética y estar presentes en las grietas de nuestras sociedades. Nuestro cristianismo no puede refugiarse en el corazón, o como lo decía hace unos años el pensador francés Olivier Abel, *el cristianismo no es religión de evasión o de repliegue fuera del mundo, sino por el contrario de presencia en el mundo. Precisamente porque Dios “ha amado tanto al mundo”, comenzó esta historia* (Le Fígaro, 22 de agosto 2003), o en palabras del obispo mártir de Argel, Monseñor Pierre Claverie: *En los actuales vaivenes de la modernidad, algo se expresa que es contrario al mensaje evangélico. El cristianismo recupera siempre la fuerza y la verdad cuando, dejando de estar demasiado sometido a lo “temporal”, retorna al servicio de los pobres y del hombre, en una incansable “subversión”* (La Croix, viernes 26 de enero 2001).

Debemos ser realistas, pero lo poco que tenemos debemos ponerlo al servicio de los demás. No podemos cambiar el mundo de un día para otro. Pero siempre podemos con

nuestras palabras y gestos acoger y amar. Como Jesús que abraza a los niños de la calle, que toca a los leprosos, que acoge con bondad a los pecadores, que bendice a los pequeños, enfermos y necesitados.

Nuestros votos de Asociación para el servicio de los pobres y de Pobreza son una palabra profética en favor de los pequeños y excluidos. Nuestro voto de pobreza tiene que ver con el advenimiento del Reino. El servicio de los pobres no proviene de una generosidad añadida al objeto del voto de pobreza, es parte integrante del mismo. Vivir en pobreza significa, positivamente, sentirse captados y poseídos por el deseo de Dios y gastarse totalmente para que “*venga su Reino*”, sobre todo entre aquellos que más lo esperan y son sus principales destinatarios: los desheredados y los marginados. Podríamos también identificar nuestro voto de pobreza con el llamado que nos hace el profeta Miqueas: *actúa con justicia* (Mi 6,8).

Y esto queda reforzado por el que constituye hoy nuestro primer voto: la *Asociación para el servicio educativo de los pobres*. Nos hemos asociado en su favor. Como decía el Hermano Michel Sauvage: *De compromiso en compromiso el Señor ha conducido a La Salle y a sus discípulos a asumir plenamente la misión del Hijo del hombre, participando en su encarnación entre los pobres, en su obediencia y en su abandono al Padre, para el servicio de la juventud pobre y abandonada*. Ser profetas de los pobres significa hacer historia con ellos, liberarlos de su situación alienante, darles esperanza y libertad, anunciarles el mensaje salvífico de Jesús, desde dentro, conscientes de que *no se salva lo que no se asume*.

5. Profetas de humanidad

Partimos del hecho de que formamos parte de la Iglesia que quiere presentarse a sí misma como *experta en humanidad* (Pablo VI). Por consiguiente, el humanismo que debe caracterizar a la Iglesia en sus miembros e instituciones, no es algo que podamos tomar o dejar, darle importancia o no, sino dimensión fundamental y parte integral de nuestra identidad profética, ya que estamos llamados a ser memoria de la presencia histórica de Jesús, que asumió la naturaleza humana con todas sus consecuencias excepto el pecado. *“El Hijo de Dios, por su Encarnación, se unió en cierto modo con el hombre. Trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano corazón”* (GS 22). En el Evangelio podemos fácilmente descubrir su humanidad reflejada en su bondad, sensibilidad, compasión, misericordia... Humanidad que lo hizo abajarse, para poder mejor relacionarse (cf. Flp 2,3-11).

Por eso lo primero es sentirnos parte de nuestro pueblo y de nuestra gente, con la que compartimos penas y alegrías, incertidumbres y búsquedas. La religiosa filipina Judette Gallares, inspirándose en Sandra Schneiders nos dice que el profeta forma parte del pueblo al que es enviado; es educado desde su nacimiento en la sabiduría religiosa y social de él; es producto de su historia, participa en su oración; es heredero de sus sueños, víctima y a veces partícipe, incluso, de sus pecados y de sus errores. El profeta es uno con el pueblo, por eso puede hablar a Dios en su nombre, y hablar al pueblo en nombre de Dios.

La crisis que hoy vivimos puede ser calificada como una crisis de humanidad, porque empobrece la realidad del ser humano al reducirlo a una sola de sus dimensiones: la *autorrealización* asentada en el ego y la competición, y dejar de lado la *relación* basada en el nosotros y la solidaridad. Como profetas que amamos profundamente a nuestra gente y a nuestro mundo, una de nuestras principales misiones es trabajar para que estas dos dimensiones fundamentales del ser humano puedan vivirse de una manera equilibrada. Como nos dice el economista brasileño Celso Furtado: *El desafío que se plantea en el umbral del siglo XXI es nada menos que cambiar el curso de la civilización, desplazar el eje de la lógica de los medios al servicio de la acumulación, en un corto horizonte de tiempo, hacia una lógica de los fines en función del bienestar social, del ejercicio de la libertad y de la cooperación entre los pueblos.*

En la sociedad líquida que hoy vivimos, muchos de nuestros contemporáneos experimentan en carne propia el fenómeno de la soledad. Nuestra misión, independientemente del lugar en que nos encontremos, no es en realidad nuestra misión sino la misión de Dios de la cual somos instrumentos. Y esta misión consiste, ciertamente, en hacer llegar el Evangelio a todas partes, como nos lo dice Mateo, pero también en hacer sentir a cada persona que es amada y es digna de respeto y aprecio, como nos lo dice San Juan. San Pablo lo sintetizó muy bien cuando afirmaba a los tesalonicenses: *Tanto amor les teníamos que ansiábamos entregarles no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas. ¡A tal punto llegaba nuestro amor por ustedes!* (1 Ts 2,8).

Tal es también el celo que debe animarnos, tal como nos lo pide nuestro Fundador: *Tenéis que imitar en esto, en cierto modo, a Dios, pues amó tanto a las almas que creó, que viéndolas sumidas en el pecado y sin posibilidades de librarse de él por sí mismas, se vio impulsado por el celo y el ansia de su salvación, a enviar a su propio Hijo, para apartarlas de tan desdichado estado. Esto movió a Jesucristo a decir que Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único, para que quien crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna...* Pues el ardiente celo que tenéis de salvar las almas de los que habéis de instruir, es lo que ha debido llevaros a sacrificaros y consumir toda vuestra vida para darles educación cristiana, y para procurarles en este mundo la vida de la gracia, y en el otro, la vida eterna (Med 201,3).

En la novela *Marianela* del famoso literato español Benito Pérez Galdós, la protagonista le pregunta al ciego al que guía si sabe distinguir el día y la noche y él le contesta: *Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando nos separamos.* El ciego ciertamente no por sus ojos físicos sino por su capacidad interior, era capaz de percibir el tesoro escondido en el cuerpo maltrecho de Marianela. A algo parecido estamos llamados, a ser capaces de ver luz donde otros ven tinieblas, a descubrir tesoros detrás de pobres apariencias humanas. En una palabra en no quedarnos en la superficialidad de las personas, sino ser capaces de ver lo valioso que encierran con nuestros ojos interiores iluminados por el fuego del amor. Por eso, como nos dice el carmelita *Ciro García: Humanizar frente a las esclavitudes de nuestro mundo es otra de las tareas proféticas de la vida consagrada hoy, demonizando los ídolos de nuestra cultura. Algu-*

nos son fáciles de reconocer: la recompensa a corto plazo, el placer inmediato, el consumo irresponsable y desmedido, el individualismo, el canto a la identidad personal fragmentada, etc. Otros aparecen más solapados bajo capa de bien: el «yo» como centro definidor de los fines últimos bajo el ideal de la autorrealización.

Pero es importante que miremos hacia nuestro interior y que evaluemos la calidad humana de nuestras relaciones personales y de nuestras relaciones comunitarias y, por qué no, de nuestra misión. No podemos dar lo que no tenemos. Nuestra vida consagrada debe ser humanizadora desde dentro. Y nos podemos preguntar con el Padre García: *¿Cómo definimos la calidad de nuestras instituciones o el éxito de nuestras empresas apostólicas? Si adoptamos la cultura del marketing y del management, terminaremos por caer en las redes de sus valores y de sus ídolos: eficacia, rendimiento, objetivos alcanzados, cuota de mercado. Todo este entramado desconoce por completo la sabiduría de las Bienaventuranzas. Funciona según la eficacia y no según la fecundidad.*

Especial atención debe tener para nosotros la humanidad doliente a la que tenemos que acercarnos desde la ternura y compasión de Dios. Como lo afirma con claridad Benedicto XVI: *Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada mo-*

mento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6) (Deus caritas est 31).

En este mismo sentido la escritora italiana Susana Tamaro, al comentar el nuevo Dicasterio Vaticano sobre la Evangelización, decía si no es más importante que los hombres y mujeres de Iglesia estemos más cercanos a la gente, en actitud humilde, eliminando moralismos y prejuicios, sed de poder y aires de superioridad y añadía: *Faltan padres y madres espirituales, personas creíbles, que hayan hecho un camino, que conozcan la complejidad y las contradicciones de la vida y que, con humildad y paciencia, sepan acompañar a las personas a lo largo de su itinerario, sin juzgar y sin pedir resultados. En el padre o en la madre espiritual, no hay nada de nuevo, más bien algo extraordinariamente antiguo: la sed de un alma que encuentra otra alma en grado de ayudarla a buscar el agua* (Corriere della Sera, 2 de agosto 2010).

Como cristianos debemos ser iconoclastas de los ídolos, también de esos ídolos que justifican nuestra lejanía de la gente. Pienso que la asociación con los seculares nos abre a perspectivas inmensas. Juntos y por asociación debemos ser buscadores apasionados del Reino de Dios y del Dios del

Reino que es el Dios y Padre de Jesús, que quiere hacer de la historia del hombre una historia de salvación. La conversión al Dios de Jesús, pasa por la conversión a un hombre verdaderamente humano que haga presente el “sueño de Dios” sobre la Historia, lo que el Evangelio llama el Reino.

6. Profetas del Reino

Una de las principales características de la misión profética fue responder fielmente al proyecto de Dios, hacerlo presente y darle nuevo dinamismo. Ésta es también nuestra misión, que expresamos especialmente por medio de nuestro voto de Obediencia. Como Jesús, nuestra obediencia tiene dos polos de atracción el Padre y el Reino. Realizar la voluntad del Padre es comprometernos activamente en la construcción de su Reino. El proyecto del Padre es un designio de liberación integral para todos los hombres; es un designio de amor total al hombre que comienza por el marginado y desvalido y se extiende a toda la humanidad.

Dios ofrece la vida en plenitud a todos sus hijos y los hace hermanos y hermanas. Obedecer a Dios es para Jesús, amarlo amando a los hombres hasta dar la vida por ellos. Para Jesús el amor a Dios y el amor al prójimo son uno solo. No hay obediencia de fe auténtica sino en función del Reino de Dios. Y la lógica del Reino no es la del mundo, ya que genera un estilo de autoridad basado en el servicio mutuo dejando de lado toda dominación y nos pone en una disponibilidad absoluta e incondicional para ser enviados, como lo fueron los profetas, allí donde las necesidades del Reino sean más urgentes. Aquí también con Miqueas podemos

identificar nuestro voto de obediencia, con su llamado: *Camina humildemente con tu Dios* (Mi 6,8).

Como religiosos, estamos llamados a hacer del proyecto de Dios, de su Reino, el objetivo central de nuestra misión. Y esto lo podemos realizar de diferentes maneras, todas complementarias y que se apoyan mutuamente.

- **Anunciar:** No sólo con palabras sino sobre todo con la vida, el amor incondicional de Dios y su proyecto de salvación universal para la humanidad. La Buena Nueva de que Dios es Padre-Madre y de que todos somos hermanos. Anunciar que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre y que vino al mundo para que todo tenga vida abundante. Que él es luz y que si estamos unidos en él no vivimos en tinieblas. Que la mejor prueba de la autenticidad de este anuncio es que los pobres son evangelizados, los enfermos curados y los demonios expulsados, como lo podemos ver en cada página del Evangelio; que en el último día seremos juzgados por y sobre el amor (Mt 25, 31-46).
- **Denunciar:** Todo lo que se opone al proyecto divino. Como los profetas, denunciar la injusta relación con los pobres y la falsa relación con Dios en un culto vacío. Una denuncia que no tiene como finalidad el castigo sino la conversión. Una denuncia que puede ser contestación. *No, no está mal contestar a la Iglesia cuando se la ama; está mal contestarla sintiéndose fuera de ella, como puros. No, no está mal contestar al pecado y las cosas desviadas que vemos; está mal atribuirlos a los demás y creerse inocentes, pobres, mansos...* (Carlos Carreto). La ausencia de contestación no es necesariamente una vir-

tud, puede reflejar más bien una pérdida de vitalidad y un conformismo cómodo. *Allí donde se da contestación creativa, hay vida y apertura a las nuevas profecías* (José Cristo Rey García Paredes).

Creo que debemos situar aquí las dos Meditaciones para el Tiempo de Retiro que nos dejó el Fundador sobre la corrección (203,204). En una de ellas el Fundador toma el ejemplo del profeta Natán en su denuncia a David, como modelo de lo que deben ser las correcciones. *El fruto que produjo la prudente reprensión de Natán a David debe haceros comprender cuán provechosas serán para vuestros discípulos las correcciones que vosotros les hagáis con mansedumbre y caridad... Y cuidado, sobre todo, que sea la caridad y el celo de la salvación del alma de vuestros alumnos los que os muevan a hacerlas. Y aun cuando al corregirlos les ocasionéis disgusto, mostradles, al hacerlo, tanta benevolencia, que lejos de despecharse contra vosotros, sólo os manifiesten después su gratitud por el bien que les hicisteis y vivo pesar de sus faltas, junto con el firme propósito de no volverlas a cometer* (Med 204, 3).

Como podemos ver el Fundador insiste en la manera benévola en que debemos hacer estas correcciones, pero al mismo tiempo, tiene muy clara cuál es la finalidad de las mismas, que no es otra que ayudar a los jóvenes a vivir con la libertad de los hijos de Dios, liberados de todo tipo de esclavitud. *A vosotros, que sois los maestros de quienes están bajo vuestra dirección, corresponde poner todo el cuidado posible para llevarlos a esa libertad de los hijos de Dios, que nos adquirió Jesucristo, al morir por nosotros. Para eso necesitáis ser viros de dos medios en relación con ellos. El primero es la man-*

*sedumbre y la paciencia. El segundo es la prudencia en las re-
prensiones y en las correcciones (Med 203,2).*

- **Discernir:** La principal característica del discernimiento lasallista, a diferencia del discernimiento ignaciano que centra a la persona en su más profundo interior, es que aquí el centro es la realidad conocida no sólo en sus apariencias sino en lo más profundo de ella misma, con los ojos de la fe, con los ojos de Dios. *¿Es ésta la luz de que os servís para discernir todas las cosas visibles, y para conocer en ellas lo verdadero y lo falso, lo aparente y lo real? Si procedéis como discípulos de Jesucristo y como iluminados por el Espíritu de Dios, ésa ha de ser la única luz que debe guiaros (Med 44, 1).* En un interesante estudio, el Hermano Miguel Campos nos presentaba en la Asamblea Internacional de la Misión y Asociación Lasallistas en el año 2006 los pasos del discernimiento lasallista a partir del proceso vivido por Juan Bautista de La Salle:
 - Que parte de un **discernimiento individual**, cuya finalidad es la búsqueda de “la gloria de Dios” y “el bien de la Iglesia” y cuyos criterios son netamente históricos, centrados en el Dios de los pobres, atento a los pobres y a sus maestros para construir la Iglesia. Aquí el sujeto es el “yo”.
 - Que tiene como segundo movimiento el **discernimiento comunitario** de una comunidad asociada y unida para una misión. El centro y el origen desde donde arranca su historia común es la gloria del Dios trinitario. Si los asociados y los pobres son el contexto relacional del discernimiento, el Dios presente en la historia es su razón de ser. Es Dios quien los llama, los convoca y los consagra. Las obligaciones votales

están entendidas no en función de un proyecto privatizante de perfección personal sino en función de la misión. Aquí el sujeto es el yo-ustedes, o sea el Fundador y los primeros Hermanos.

- Y que tiene como punto culminante la conciencia de asociación de los Hermanos, a través de un **discernimiento corporativo**, que se expresa en la carta que envían al Fundador en la Pascua de 1714, para que regrese a hacerse cargo del Instituto. Aquí el sujeto es el nosotros de los Hermanos que se sienten plenamente asociados entre sí.

A través de estos tres movimientos que deben caracterizar nuestro discernimiento profético, debemos vivir nuestra misión; como muy bien lo dice el Hermano Miguel, este discernimiento: *nos invita a leer una realidad más grande que las consolaciones o desolaciones interiores. Nos exhorta a considerar, a mirar la realidad social y política, a tener en cuenta los problemas y los éxitos educativos, especialmente en lo que se refiere a la realidad de los niños y jóvenes abandonados, los hijos de los artesanos y pobres, a tomar en serio los acontecimientos que vivimos en la historia. Y es a la luz de la fe, que esta reflexión crítica se abre a la lectura de los “signos de los tiempos”, invitando a una respuesta personal y comunitaria.*

- **Interceder:** Al profeta se le reconoce siempre un gran poder de intercesión. Podemos recordar el ejemplo de Elías, pero posiblemente el ejemplo más conmovedor es el de Jeremías, cuando a pesar de sentirse perseguido y rechazado por el pueblo, intercede en su favor: *¡Si nuestra iniquidad atestigua contra nosotros, obra, Señor, a causa de tu Nombre! Porque son muchas nuestras apostasías, hemos pecado contra ti. Señor, esperanza de Israel,*

su salvador en el tiempo de la angustia: ¿por qué te comportas como un extranjero en el país, como un viajero que sólo acampa para pernoctar? ¿Por qué procedes como un hombre aturdido, como un guerrero impotente para salvar? Pero tú, Señor, estás en medio de nosotros, nosotros somos llamados con tu Nombre: ¡no nos abandones! (Jr 14,7-9). Como podemos ver, el profeta se identifica con el pueblo, se siente partícipe de su pecado, no es un observador que condena desde fuera, es un suplicante más, consciente de su propia debilidad. Muy semejante es la experiencia de Isaías: ¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; ¡y mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos! (Is 6,5).

El Fundador, en las Meditaciones 201 y 202, en las que nos invita a ejercer nuestra misión animados de celo ardiente, nos habla en el mismo tono. Es el celo por el Señor y el amor tierno por los niños y jóvenes lo que debe alentar nuestro servicio educativo y convertirnos en intercesores ante Dios de nuestros alumnos. *El celo del que debéis estar animados debe ponerlos en estas disposiciones, al ver que es Dios quien os llamó y os destinó a este empleo, y quien os ha enviado a trabajar a su viña. Desempeñadlo, pues, con todo el afecto de vuestro corazón y como quien no trabaja sino por Él (Med 201, 1).*

7. Profetas de la gratuidad

La vocación profética siempre parte de una llamada gratuita, algunas veces inesperada y que algún profeta experimenta en momentos de crisis como una carga pesada. La voca-

ción de Amós lo expresa con claridad: *Yo no era profeta, ni hijo de profetas, sino pastor y cultivador de sicómoros; pero el Señor me sacó de detrás del rebaño y me dijo: 'Ve a profetizar a mi pueblo Israel'* (Am 7, 14). Aún más dramática es la experiencia de Jeremías, que en un momento de desesperación exclama: *¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir! ¡Me has forzado y has prevalecido! Soy motivo de risa todo el día, todos se burlan de mí. Cada vez que hablo, es para gritar, para clamar: "¡Violencia, devastación!" Porque la palabra del Señor es para mí oprobio y afrenta todo el día. Entonces dije: "No lo voy a mencionar, ni hablaré más en su Nombre". Pero había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos: me esforzaba por contenerlo, pero no podía.* (Jr 20,7-9).

En los inicios de nuestro Instituto, la gratuidad formaba parte de nuestro nombre: *Hermanos de las Escuelas Cristianas y Gratuitas*. Una gratuidad que ciertamente tenía una connotación económica, pero que también encerraba una actitud espiritual que no debemos perder en nuestras vidas. Esta gratuidad la hemos reforzado a lo largo de la historia del Instituto con nuestro voto de estabilidad, uno de los tres primeros votos pronunciados por los primeros Hermanos y que hoy sigue constituyendo nuestro quinto voto. Nos comprometemos a permanecer en el Instituto no por ventajas económicas, como tampoco por las oportunidades que a nivel intelectual o a otros niveles, ni siquiera espiritual, pueda darnos. Nos comprometemos a permanecer en él porque, llamados gratuitamente por Dios, queremos buscar su gloria en el servicio educativo y evangelizador que nos ha confiado. Servicio que debemos vivir con abso-

luta gratuidad como garantes de un don recibido. *Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente* (Mt 10,8).

Esta es también la invitación de nuestro Fundador, en una de las Meditaciones que nos propone, en relación al celo que debe animar nuestra misión hacia las almas de los niños y jóvenes que educamos: *¿Qué no deberéis hacer también vosotros por ellas en vuestro ministerio, si tenéis celo de su salvación, y si tenéis hacia ellas las disposiciones que sentía san Pablo hacia quienes predicaba el Evangelio, a los que escribía que no buscaba sus bienes, sino que buscaba sus almas! El celo que debéis tener en vuestro empleo ha de ser tan activo y animoso, que podáis decir a los padres de los niños que tenéis a vuestro cuidado, lo que se dice en la Escritura: Dadnos las almas y tomad lo demás para vosotros. Es decir, que de lo que nos encargamos nosotros es de trabajar en la salvación de sus almas, y que también sólo con este fin os habéis comprometido a cuidar de su conducta y a instruirlos.* (Med 201, 3).

Se trata de una gratuidad que se expresa en cercanía, interés, afecto y que nos pone en guardia para que los criterios de nuestra misión no sean primordialmente de orden comercial o empresarial. Como nos lo dice el Papa Benedicto XVI: *Debemos volver a dar esplendor a la lógica de la gratuidad y de la entrega, redescubrir el valor de los recursos pobres y de los pequeños signos: “La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión”* (Caritas in Veritate, 6).

Vivir hoy la gratuidad es no mirar a nadie desde arriba pretendiendo que nuestra vocación es superior a la de los demás. Vivir la gratuidad es no imitar a los hijos de Zebedeo en busca de los primeros puestos en el Reino, vivir hoy la gratuidad, es ser conscientes de que somos *siervos inútiles* (Lc 17,10), como dice el Evangelio. Vivir hoy la gratuidad es optar por una evangelización de distancia corta, en la que podamos mirarnos a los ojos. *Y allí donde hay un clima de gratuidad vivida* – nos dice José Cristo Rey García Paredes – *allí hay un espacio y un clima de hospitalidad, de confianza y de libertad, en el que incluso los no cristianos pueden sentirse no extranjeros, sino acogidos... La profecía tendrá más posibilidades de ser escuchada si sabe ser un lúcido testimonio de gratuidad, si sabe enseñar el don ofrecido, sin pretender una recompensa o una ganancia.*

8. Profetas que experimentan la debilidad.

Los profetas siempre fueron conscientes de su propia fragilidad. Desde el *no soy más que un muchacho* (Jr 1,6) de Jeremías, *al soy un hombre de labios impuros* (Is 6,5) de Isaías. Pero no solamente en el momento de la llamada en el que perciben el abismo existente entre lo que son y a lo que se les llama, sino también a lo largo de su existencia marcada no pocas veces por las dudas, las crisis y el rechazo. Así podemos comprender que Elías en un momento difícil le diga al Señor: “*Basta*” (1 R 19,4), o que Jeremías se proponga no hablar más en su nombre (Jr 20,9), o Isaías reconozca que inútilmente ha gastado sus fuerzas (Is 49,4). Como Abraham, han debido caminar en la oscuridad de la fe, en medio de la conciencia de sus límites por una parte, y de numero-

sas persecuciones por otra. Como nos dice el rabino y doctor Abraham J. Heschel, reconocido como el primer especialista en el estudio filológico, histórico y teológico de los profetas hebreos: *Ningún profeta parece satisfecho de serlo, ni orgulloso de su capacidad... Ser un profeta es tanto una distinción como una aflicción. La misión que cumple es desagradable para él y repugnante para otros; no se le promete recompensa alguna... El profeta soporta desprecio y reproche. Es estigmatizado como un loco por sus contemporáneos y, por algunos investigadores modernos, como anormal.*

Pero a todos, una experiencia se impone al final. A pesar de todo, cuentan siempre con la fuerza y la cercanía de Dios. Por eso el *no temas que yo estoy contigo para librarte* (Jr 1,8), se repite en sus vidas como un estribillo.

Estamos llamados a vivir, nosotros también, el itinerario profético, a partir de nuestra propia debilidad, conscientes de nuestras incoherencias, pecados y límites, pero confiados porque todo es gracia y misericordia. Confiados porque la iniciativa es de Dios que se sirve de instrumentos frágiles para realizar su obra y porque Él siempre está a nuestro lado, reconociendo humildemente con San Pablo, que *llevamos este tesoro en vasos de barro* (2 Co 4,7).

II. Comunidad profética

Ya en el Antiguo Testamento se vislumbra una profecía con un carácter más universal, que no se reserva a unos pocos. Así la célebre profecía de Joel, que recordamos cada año en la liturgia de Pentecostés: *Sucedirá después de esto que yo de-*

rramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñaran sueños, y vuestros jóvenes verán visiones (Jl 3,1). Y precisamente a partir de Pentecostés, aparece claramente el carácter profético de la primera comunidad cristiana. Como sabemos, el actor principal de los Hechos de los Apóstoles es el Espíritu Santo y es toda la comunidad la que es guiada y fortalecida por el Espíritu. San Pablo, por su parte, invita a las comunidades por él evangelizadas a no apagar la fuerza del Espíritu ni menospreciar los dones proféticos (1Ts 5,19-20). Pero por otra parte, queda también muy claro en estas primeras comunidades que el punto de referencia es la persona de Jesús.

Hoy, sin duda, cada comunidad de Hermanos está llamada a ser un signo profético del Reino y del absoluto de Dios. Es una idea que el Fundador repite en varias de sus meditaciones. La primera evangelización es la que mutuamente compartimos en comunidad. *Como no se debe vivir en ella sino para llevarse unos a otros a Dios, hay que aplicarse, de modo particular, a estar unidos en Dios y a no tener sino un mismo corazón y un mismo espíritu. Y lo que más debe animar a ello es, como dice san Juan, que quien permanece en caridad, permanece en Dios y Dios permanece en él* (Med 113,2).

Debemos vivir comunitariamente los valores evangélicos antes de llevarlos a los demás, porque estos valores nacen de la experiencia vivida que se comparte existencialmente y no son el fruto de un aprendizaje intelectual y abstracto. *En las comunidades, principalmente, es donde más brilla el buen ejemplo, y donde adquiere mayor fuerza y eficacia. Cuantos en ellas viven juntos se animan unos a otros para practicar lo más*

santo y más perfecto que en sí contienen las máximas del Santo Evangelio (Med 180,1).

1. El profetismo de nuestra comunidad

La comunidad religiosa está llamada a ser, como dice Metz, *un modelo alternativo de sociedad, una terapia de shock del Espíritu para la Iglesia amenazada siempre de adaptación y una forma institucionalizada de recuerdos peligrosos para el mundo.*

Una de las consecuencias de la crisis que estamos viviendo es la pérdida de modelos de referencia. Hoy los jóvenes los buscan, los necesitan y raramente los encuentran. El fenómeno de las pandillas juveniles o “maras” que se vive con tanta fuerza en ciertos países, es una manifestación negativa de esta necesidad. Nuestra comunidad debería ser un modelo de referencia para los jóvenes, que los movilice en una orientación diferente a base de amor, respeto y cercanía.

A los ídolos del momento presente, casi todos pertenecientes al mundo del deporte, la moda y el espectáculo, deberíamos contraponer, siempre que sea posible, con nuestro testimonio y nuestra palabra, el Señor Jesús, para seguirlo por el camino de la entrega gratuita y desinteresada, especialmente en favor de los más necesitados. Y en el caso de educar a jóvenes de otras religiones y creencias, desarrollar en ellos, como con profundo reconocimiento veo que se hace en casi todas partes, los valores de fe, fraternidad-comunidad y servicio que caracterizan nuestra espiritualidad y pedagogía.

Se trata de una comunidad profética que haga visible el proyecto salvador de Dios, tal como lo intuyó nuestro Fundador y dio vida a nuestra congregación y a la misión lasallista. Un proyecto humanizante, más allá de la primacía del tener, del individualismo, el racionalismo reductor, el mercantilismo y la inteligencia tecnificada.

Nuestras comunidades deberían ser un arsenal de recuerdos peligrosos que encierra el Evangelio. Esta era ya la invitación que nos hacía el Fundador al proponernos dejarnos llevar por el Espíritu para poder aceptar ciertos criterios evangélicos que *están por encima de nuestra razón humana*. *¿Podemos, en efecto, comprender que los pobres son bienaventurados; que hay que amar a los que nos odian; que hay que alegrarse cuando nos calumnian y se dice toda clase de mal contra nosotros; que debemos devolver bien por mal, y otras muchas verdades del todo contrarias a lo que nos sugiere la naturaleza, a menos que el mismo Espíritu de Dios nos las enseñe?* (Med 44,2). Me parece que hoy estos recuerdos peligrosos, porque desestabilizan antivalores que hemos podido hacer nuestros, debemos vivirlos comunitariamente especialmente en cuatro ámbitos:

- **La gratuidad:** vivida en unas relaciones comunitarias de libertad, acogida, perdón y fiesta y en una actitud hacia los jóvenes marcada por la generosidad y el don de nuestra vida, sin pasar factura por nada.
- **La participación:** buscando juntos lo que Dios quiere que hagamos, evitando todo poder despótico y dando participación a los seculares y a todos los que comparten nuestra misión con nosotros y a los jóvenes que educamos.

- **La solidaridad:** con todo sufrimiento humano, con toda pobreza, haciendo nuestra la compasión que Jesús siempre manifestó por los más débiles y pequeños.
- **La esperanza:** como forma de vivir y actuar en la vida cotidiana, a la que siempre se le encuentra encanto y razón de ser y como forma de afrontar el futuro y situarnos ante él, abriéndonos a unas relaciones de amor y fraternidad, convencidos que el futuro final es *Dios todo en todos* (1Co 15,28).

Nuestros Hermanos mayores pueden dar un gran aporte a la dimensión profética de nuestras comunidades. Su testimonio es hoy más necesario que nunca, en un mundo que tiende a relativizar valores esenciales, como la fidelidad. Deberían sentir como dirigidas a ellos estas hermosas palabras del profeta Sofonías: *¡No temas, Sión, que no desfallezcan tus manos! ¡El Señor, tu Dios, está en medio de ti, es un guerrero victorioso! Él exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor y lanza por ti gritos de alegría, como en los días de fiesta* (So 3, 16-18).

El carmelita Bruno Secondin invita a las personas mayores a esparcir *chispas de sabiduría dulce y suave, fe transparente que reconoce que sólo Dios es el valor y la esencia de una vida; testimonio humilde hecho de obras y días que sólo por Dios han tomado forma, y en el regazo de Dios se depositan. Agradecimiento por haber sido hechos dignos de amarlo y servirlo junto a tantas personas generosas y desbordantes de caridad.*

Es un mensaje profético importante transmitir a los demás que la vida tiene sentido, que al final solo Dios basta, que

el mito de la eterna juventud es fugaz, que lo más importante en fin de cuentas es lo que se ha sembrado. No se trata solamente del término de una etapa, sino de la oportunidad para acabar de nacer y ser así testigos de un desgastarse, que San Pablo expresaba con estas palabras: *si nuestro exterior se va desmoronando, nuestro interior se va renovando día a día* (2Co 4,16) y realizar así el sueño de Tagore: *sólo quede de mí, Señor, aquel poquito con que pueda llamarte mi Todo.*

2. Profecía compartida

Cuando hablamos de la dimensión profética de nuestra vida consagrada, no debemos olvidar que el profetismo no nos pertenece en exclusiva sino que es patrimonio de todo el Pueblo de Dios como claramente lo afirma el Vaticano II. Por eso podemos hablar aquí también de un profetismo compartido con los seculares y otros lasallistas en nuestra asociación para el servicio educativo de los pobres. *Cristo, el gran Profeta, que proclamó el reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra* (cf. Hch 2,17-18; Ap 19, 10) *para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social* (LG 35).

Hay una figura profética que puede iluminar muy bien lo que hoy estamos viviendo a nivel de la asociación para compartir la misión. Moisés ha envejecido, las dificultades se

han multiplicado, las quejas se incrementan y Moisés no tiene empacho de decírselo al Señor: *Yo solo no puedo soportar a este pueblo, es demasiada carga para mí. Si me vas a tratar así, prefiero morir. Pero si todavía gozo de tu confianza, pon fin a mi aflicción* (Nm 11,14-15).

En esta situación, la solución providencial ha sido ensanchar las tiendas para asegurar el futuro de la misión. Y así, los colaboradores de Moisés, los ancianos, le deberán ayudar a llevar parte del encargo que se le ha confiado a él, y ser partícipes del espíritu que lo anima en su cometido. El relato es maravilloso por el hecho de romper fronteras y por invitarnos a estar abiertos a las iniciativas de Dios que superan nuestros pensamientos y programas. Y posiblemente lo más sorprendente es que dos de los ancianos convocados que estaban fuera del campamento recibieron también el espíritu: *el espíritu vino también sobre ellos y se pusieron a profetizar fuera del campamento* (Nm 11, 26). Aquí se anticipa lo que nos dirá el Evangelio acerca del Espíritu que es *como el viento que sopla donde quiere y no sabemos de dónde viene ni a dónde va* (Jn 3, 8). El Espíritu es libertad y va más allá de las reglas prescritas, no podemos aprisionarlo... Y lo mismo que hoy, cuando muchas veces nos cuesta ver la acción del Espíritu fuera de nuestro pequeño mundo personal o congregacional, sucedió entonces que Josué, lleno de celos por la autoridad de Moisés le pide: *¡Señor mío, Moisés, prohíbeles que lo hagan!* (Nm 11,28). Sin embargo, Moisés aprueba la acción de Dios: *¡Ojalá que todo el pueblo profetizara y el Señor infundiera en todos su espíritu!* (Nm 11, 29).

El Padre Bruno Secondin nos dice que este texto nos enseña que el “centro” auténtico es aquel que reconoce la acción de Dios en órganos y personas periféricas y que, por tanto, acepta la originalidad y libertad del Espíritu que puede suscitar en cualquier sitio y situación carismas para enriquecer y guiar al pueblo. Y esta hermosa y a veces desconcertante realidad es la que estamos hoy viviendo, como nos lo dice a los Hermanos la asociada María Cruz Miquel, en una entrevista publicada este año por la revista española, Vida Religiosa: *Éste es tiempo de unir fuerzas y no afrontar solos el futuro. Que no os paralice el miedo a desaparecer porque haya pocas vocaciones; abrid con confianza a las vocaciones de seculares comprometidos con Dios desde vuestro carisma; no os ahogéis en vuestra individualidad y os aisléis al ver que el camino es difícil y supone cambios; que vuestros proyectos personales nunca estén por encima de los proyectos comunitarios; confiad que irrumpen el Espíritu y nos ofrece un nuevo camino para anunciar a Jesús. Estamos necesitados de no dejarnos llevar por la rutina espiritual que siempre es mediocre. Es tiempo de ensanchar tiendas. La vida religiosa tiene hoy, más que nunca, el papel de ser alma del carisma en la misión. Y no tanto de mantener las obras.*

3. Profetas de las naciones

Me impresionó mucho uno de los párrafos del Mensaje del Papa para el día de la Paz de este año. Nos habla, a partir del icono de los niños, de cómo educar en el respeto de las diferencias. Me parece de gran riqueza y de fina intuición evangélica. *Desde pequeños, es importante ser educados en el respeto al otro, también cuando es diferente a nosotros. Hoy*

cada vez es más común la experiencia de clases escolares compuestas por niños de varias nacionalidades, aunque también cuando esto no ocurre, sus rostros son una profecía de la humanidad que estamos llamados a formar: una familia de familias y de pueblos. Más son pequeños estos niños, y más suscitan en nosotros la ternura y la alegría por una inocencia y una hermandad que nos parecen evidentes: a pesar de sus diferencias, lloran y ríen de la misma manera, tienen las mismas necesidades, se comunican de manera espontánea, juegan juntos... Los rostros de los niños son como un reflejo de la visión de Dios sobre el mundo (Benedicto XVI, Mensaje del 1 de enero 2010).

Los rostros de los niños que educamos son *una profecía de la humanidad que estamos llamados a formar: una familia de familias y de pueblos*. Creo que estas palabras describen muy bien lo que a nivel de Hermanos y Familia Lasallista estamos realizando a nivel mundial. Nuestra presencia un poco en todas partes nos da la oportunidad de dirigirnos a niños y jóvenes de distintas culturas y religiones y de trabajar codo a codo con personas de diferentes culturas y religiones. Creo que ésta es una de las más bellas experiencias del profetismo universal que hoy estamos llamados a vivir. No se trata solamente de una misión *ad gentes*, sino sobre todo de una misión *inter gentes*, en la cual lo más importante es el diálogo abierto, confiado y sereno, el mutuo respeto y el empeño por trabajar juntos por un mundo más fraterno y justo. No es suficiente el aceptar la pluralidad de religiones y culturas y el ser tolerantes. Hay algo todavía más importante, como nos dice el Cardenal Martini al presentarnos el desafío, que él considera es el más urgente de nuestra civi-

lización: *aprender a convivir como diversos, compartiendo el mismo territorio geográfico y social, aprender a convivir sin destruirnos mutuamente, sin guetizarnos, sin despreciarnos o vernos como enemigos, o sin tan siquiera tolerarnos. Tenemos que hacer más: vivificándonos y fermentándonos unos a otros, de manera que cada uno sea ayudado a responder ante Dios de la propia llamada; sea musulmán, hindú, católico, ortodoxo o protestante. Responder ante Dios de la propia llamada. Esto es muy difícil, es quizá el principal problema de la sociedad de hoy y mañana.*

¡Y cómo no vivir lo anterior si vemos que la profecía rebasa las fronteras de la Iglesia y que el Espíritu se ha hecho presente y se hace presente a través de personas de diversas culturas y religiones! Profetas como Gandhi, Bonhoeffer, Martin Luther King, Mandela, el Hermano Roger de Taizé que a la par de Juan XXIII, Monseñor Romero o la Madre Teresa y de tantos otros en nuestra Iglesia inspiran nuestras vidas y nos permiten, como nos dice el Padre Adolfo Nicolás, Prepósito General de los Jesuitas, **ver** el mundo con los ojos de Dios, llenos de compasión y de ternura; **escuchar** con los oídos de Dios la voz, los gritos, el clamor angustiado del pueblo; **sentir** con el corazón de Dios y sus entrañas de misericordia; y sólo entonces, **hablar** la Palabra de Dios, palabra de conversión y solidaridad capaz de transformar la realidad.

III. Iconos proféticos lasallistas:

Todos hemos conocido, sin duda, Hermanos que han sido en nuestras vidas verdaderos profetas por la influencia de

sus palabras, su testimonio, su radicalidad evangélica, la autenticidad de su vida, su entrega a los pobres... Cada uno puede elaborar aquí una lista de sus propios iconos proféticos lasallistas. Me permito aquí citar algunos de esos Hermanos que para mí han sido verdaderos iconos proféticos, presentando primero el papel fundamental del Fundador y los primeros Hermanos, y dos realidades del Instituto que me han tocado más de cerca este año y que tienen también, me parece, una dimensión profética muy especial.

1. El Fundador y los primeros Hermanos

Como dice el carmelita Ciro García: *Todos nuestros fundadores y fundadoras han sido místicos y profetas. Nosotros estamos llamados a recrear su carisma místico-profético en la Iglesia. Sin místicos y profetas la vida consagrada no tiene futuro. Mística y Profecía son dos vertientes esenciales de toda identidad religiosa, de la vida cristiana y de la vida consagrada, estrechamente relacionadas. La primera se proyecta más directamente hacia la unión con Dios; la segunda se orienta más inmediatamente hacia el cumplimiento de su voluntad aquí y ahora. Sólo una sabia conjunción de una y otra puede forjar una identidad religiosa auténtica de Dios y de la persona humana. No hay auténtica mística si no desemboca en un compromiso ético y profético; ni cabe pensar en una profecía que no se nutra de una vinculación profunda con lo divino.*

Nuestro Instituto nació de una intuición mística: *Dios es tan bueno que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2, 24). Esta intuición dio lugar a una respuesta evangélica en una situación histórica, en la

que los hijos de los artesanos y los pobres estaban abandonados a su suerte y sin posibilidades de una educación humana y cristiana para sus vidas. Podríamos decir que somos fruto de la gestación del proyecto divino de salvación con la realidad de abandono de los niños pobres. Palabra de Dios y realidad histórica son las dos coordenadas que hicieron nacer nuestra Familia Religiosa. Intuición que se transforma en pasión por la gloria de Dios y por los pobres.

No cabe duda de que esto representa una parábola profética de nuestra vocación y de nuestra misión. Me parece que la Regla lo expresa de manera maravillosa en el siguiente texto: *Juan Bautista de La Salle se sintió movido a fundar una comunidad de hombres, que iluminados por Dios y en sintonía con su designio salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación. Hoy como ayer, toda comunidad de Hermanos descubre en dicho acontecimiento sus motivaciones fundamentales* (R 47).

Podemos, por eso, hablar de un realismo místico y profético que impulsó al Fundador y a los primeros Hermanos a considerarlo todo desde una visión de fe y con un amor apasionado por Dios y por los pobres. La Salle privilegia, con el fin de desarrollar en Novicios y Hermanos esa actitud mística y profética, la atención, el reconocimiento y la celebración, en medio de toda la vida, de la presencia de Dios para no pensar sino en el Reino, en lo que Dios quiere; y en la presencia de Dios que les abre a la presencia de su rostro reflejada debajo de los harapos de los niños pobres que educaban. En sus vidas no hay oposición entre la visión mística y la acción profética sino que se sienten llamados a

vivir una fe activa en la práctica de un amor apasionado. Para ellos el centro es el Dios Trinidad que actúa y que los incluye en su acción como colaboradores y ministros, como discípulos, embajadores y ángeles; como apóstoles y mensajeros del Reino en la Iglesia y como profetas, intendentes y servidores.

Este icono maravilloso debe inspirar hoy a cada uno de los Hermanos y a cada una de nuestras comunidades. Como el Fundador y los primeros Hermanos nos sentimos profundamente asociados al Dios de la Vida, al Dios del Reino, al Dios de la Historia, al Dios de los pobres. De esta manera el Fundador se convierte para nosotros, como lo fue para los Hermanos de nuestros orígenes, en palabras del Hermano Michel Sauvage, en *el testigo que llama, el profeta que desafía e inspira, el Hermano que invita a caminar y acompaña, en la medida en que se aborde su obra - la obra escrita, pero también las estructuras comunitarias o escolares por él establecidas - no como un todo acabado sino como los hitos de un itinerario*. Itinerario que hoy nos toca a nosotros continuar.

2. PARC

Estoy convencido de que cada una de las Regiones del Instituto tiene un don particular que ofrecer a las otras Regiones. En mis cartas pastorales a partir del año 2007 he puesto como uno de nuestros iconos cada una de las Regiones visitadas. Este año mi visita ha sido a la PARC, Región que abarca el inmenso continente asiático y los países del Pacífico. Me parece que esta Región tiene también una voz profética que todo el Instituto y la Familia Lasallista debe es-

cuchar con atención. Y me parece que el Sínodo sobre la Iglesia en Asia nos señala muy claramente los tres dones que esta Región nos puede dar. *La búsqueda de Dios, una vida de comunión y el servicio a los demás son las tres características principales de la vida consagrada, que pueden dar un testimonio cristiano atractivo a los pueblos de Asia hoy.* (Ecclesia in Asia 44).

Y el Sínodo precisa: *La Asamblea especial para Asia insistió en que los consagrados sean testigos, ante los cristianos y ante los no cristianos, de la llamada universal a la santidad, y sean un ejemplo que impulse tanto a unos como a otros al amor generoso hacia todos, especialmente hacia los más pequeños entre sus hermanos y hermanas. En un mundo donde el sentido de la presencia de Dios se halla con frecuencia ofuscado, las personas consagradas deben dar un testimonio convincente y profético del primado de Dios y de la vida eterna. Viviendo en comunidad, atestiguan los valores de la fraternidad cristiana y de la fuerza transformadora de la buena nueva* (Ecclesia in Asia 44). En clave lasallista podríamos decir que esta Región nos debe hacer una fuerte llamada a la espiritualidad, al diálogo interreligioso y al servicio de los pobres. Y de estos valores encontré maravillosas realizaciones durante mi visita pastoral.

Como lo recordé a los Hermanos durante la visita, cuando en Occidente se piensa en Asia, se piensa muchas veces en espiritualidad. Asia ha sido la cuna de las grandes religiones. Y en general encontré en todas partes una preocupación por vivir los valores espirituales a nivel comunitario y a transmitir estos valores a los jóvenes, con profundo respeto por

su propia religión. En pocas regiones del Instituto he sentido tanto el aprecio que se tiene por los Hermanos y veo con mucha esperanza los esfuerzos que se están haciendo en el campo de la pastoral vocacional. Por ejemplo, en Filipinas este año hemos tenido la dicha de recibir 12 postulantes y los Hermanos han tomado como uno de los compromisos de la celebración del centenario del Distrito, el que cada Hermano se sienta responsable de esta dimensión vocacional. Prácticamente en todas partes, los actos con los alumnos se iniciaban con una oración, muchas veces dirigida por alguno de ellos. Y me llamó la atención que una de nuestras primeras actividades en India fuera la consagración a Nuestra Señora de la Delegación.

El servicio de los pobres ha dado pasos importantes también en la Región. En Vietnam, Camboya, India y Tailandia hay nuevas iniciativas para su servicio, como la escuela Bambú para niños, en la frontera entre Tailandia y Myanmar, muchos de ellos refugiados de ambos lados de la frontera. Las “Boys Town” que tienen varios distritos, entre ellos Colombo, son también una respuesta muy hermosa para los jóvenes más necesitados. Y en otros, como Australia-Nueva Zelanda-Papúa Nueva Guinea o Filipinas, se fomenta el voluntariado con proyectos de servicio en sectores pobres de este inmenso continente; y en otros muchos sectores, el Movimiento Juvenil Lasallista en el área de servicio tiene experiencias que permiten a los jóvenes sentirse cercanos y ser sensibles a los pobres. Tuve también la suerte de encontrar algunos grupos de voluntarios venidos de Irlanda y España colaborando en nuevos proyectos con una generosidad y espíritu de sacrificio admirables. Estando en la

India salía publicado el dato de que este país tenía un número de pobres similar a los 11 países más pobres de África. Por consiguiente el desafío que tenemos por delante es inmenso. No quisiera dejar de señalar el espíritu misionero de esta Región. Hoy contamos con dos Hermanos australianos y uno de la India en el proyecto del Sur de Sudán.

Y posiblemente, el aporte profético más significativo de esta Región es el diálogo interreligioso. Siempre es impactante encontrar en Tailandia, Malasia, Hong Kong, Singapur, Japón, Sri Lanka, Pakistán, Myanmar... jóvenes de diversas religiones unidos en los valores lasallistas de fe, comunidad y servicio. Una vez más, sobre todo en algunos encuentros con grupos juveniles, tuve la oportunidad de escuchar a jóvenes musulmanes, hindúes o budistas expresar lo que significaba para ellos el ser lasallistas. Pienso que no hay mejor lugar que la escuela para este diálogo ya que se viven unas relaciones de respeto, aceptación y convivencia en un marco muy normal de vida. Y lo bonito es ver cómo este espíritu se prolonga más allá de la escuela con nuestros exalumnos, que mantienen lazos muy estrechos con los Hermanos y son sumamente generosos en ayudar a las distintas obras. El proyecto China sigue siendo un gran desafío para la Región y para el Instituto.

3. Utopía

Una de las experiencias más hermosas que he vivido este año fue mi participación, el 25 de junio, en la inauguración del proyecto de la Universidad La Salle de Bogotá llamado Utopía que se encuentra en El Yopal, Casanare, en los Llanos

Orientales de Colombia y que tiene tres finalidades principales: Ser un centro de investigación agrícola y ganadera, promover la formación de líderes del campo y ofrecer un programa de Ingeniería Agronómica. Me parece que es un modelo muy apropiado de cómo responder a las necesidades de jóvenes campesinos y no dudo de considerarlo un icono profético, especialmente para nuestras Universidades y Centros Superiores.

El nombre de Utopía es muy simbólico, e indica un proceso nunca acabado pero siempre revitalizado y abierto a nuevos horizontes. Como decía el Hermano Rector: *Nuestra Utopía es también una manera de mostrar que para resolver los problemas es posible intentar otro tipo de respuesta. Mucha gente en Colombia cree que el único camino para superar la violencia, la pobreza y la exclusión es la guerra. Nosotros creemos que es posible intentar otra aproximación que es, precisamente, dar oportunidades a los jóvenes para ayudarlos a encontrar caminos diferentes para crecer y desarrollarse* (Hno. Carlos Gómez Restrepo).

Tuve la dicha de pasar tres días con los 64 jóvenes que han empezado el programa. Me impresionó la calidad humana de estos jóvenes. Muchos de ellos han sido marcados personalmente o en sus familias por los problemas ocasionados por la guerrilla, el narcotráfico, los paramilitares... El testimonio que dieron tres de ellos durante la inauguración fue conmovedor e interpelante. Por ejemplo el joven Octavio A. Vargas compartía: *Toda mi vida he vivido en el campo. Mi papá nos abandonó cuando tenía 5 años; desde muy pequeño sé de las tareas del campo y me gustan. Crecí con mucho miedo*

porque en cualquier momento los paramilitares podían cogerme. Afortunadamente me salvé, pero me tocó ver muchas muertes... Cuando supe que me habían recibido, no lo podía creer. Utopía es la única oportunidad que se me presentó para ser mejor persona y arreglar el país. Yo sé que ésta es mi oportunidad de aprender, de recibir conocimientos para que cuando me gradúe, pueda volver a mi tierra a dar empleo, a sembrar, a hacer cosas importantes.

4. Hermano Michel Sauvage

El Hermano Michel es sin duda uno de los Hermanos mejor conocidos en el Instituto, y su influencia ha marcado fuertemente a los Hermanos y a todos los Lasallistas a partir sobre todo de nuestro Capítulo de renovación de los años 1966-67. Como lo expresé en mis primeras palabras al ser elegido Superior General en el año 2000 y al recordar a los Hermanos que han tenido un significado especial en mi vida señalaba, en primer lugar, al Hermano Michel Sauvage que me introdujo en el apasionante itinerario del Fundador. Estoy seguro de que no solamente para mí sino también para muchísimos Hermanos en el Instituto, el Hermano Michel es un icono profético.

Un profeta está siempre encarnado en una realidad social y política concreta. Su sensibilidad hace que sienta con pasión lo que se sufre, lo que se vive. Michel nació y creció en un mundo y en una Iglesia apasionada por asuntos sociales, pero que daba signos de cansancio. Su itinerario como Hermano, a partir del Noviciado, abre estas perspectivas hacia un mundo más conflictivo y una historia más compleja, un

mundo en guerra. En el servicio militar pudo encontrarse con otros jóvenes de un mundo que apenas conocía. Sus años de iniciación y sus comienzos en la vida profesional lo acercaron a esa juventud.

Su iniciación a la teología le dio instrumentos para dialogar con este mundo nuevo que se anunciaba y con aquel mundo que moría pero que intentaba sobrevivir. El Vaticano II fue para él un evento de gracia que le abrió nuevos horizontes y que le permitió dar un aporte fundamental a la reflexión del Instituto a través de los estudios lasallistas y el redescubrimiento del Fundador que plasmó, con la intervención activa de otros Hermanos, en la Declaración del Hermano en el Mundo de hoy. Documento profético que nos permitió, en aquellos momentos inciertos, desarrollar la capacidad de ver, de escuchar, de defender y de anunciar el mundo nuevo que se estaba gestando en la Iglesia y en la sociedad.

Como todo tiempo de transición, sabemos que fueron años difíciles. El Hermano Michel conoció la soledad y la angustia del profeta en su noche oscura, sin saber por dónde salir. Un largo camino de éxitos y de fracasos, de aceptación y de rechazo. Un profeta que fue progresivamente conducido por el Dios de los pobres, con el fuego de la pasión divina, a ponerse del lado de los vulnerables, de los olvidados, de los sin esperanza. La gran corriente de energía que De la Salle dirigió hacia los pobres es la misma corriente que brota desde esta fuente de renovación. El Hermano Michel fue su conductor.

Un estudio profundo y crítico de todo su itinerario profesional y sus escritos, nos llevarían más sistemáticamente al nudo central de la experiencia profética del Hermano Michel. Pero me limitaré a un evento puntual de su historia, en el que participé como Vicario General y en cual el Hermano Michel aparece como profeta, dándonos una pista para acercarnos mejor al misterio de una vocación especial en el Instituto y en la Iglesia.

Ese evento fue la Asamblea de la RELAL que tuvo lugar en Araruama, Brasil, en marzo de 1997, y que sirvió de preparación al 43º Capítulo General que tendría lugar tres años más tarde. El Hermano Michel fue invitado a hablar de las perspectivas del Instituto en América Latina, continente que amaba profundamente y con el que se identificó. Menos ambiciosamente, él optó por hablar de las perspectivas de refundación.

Y de un modo original nos llevó hasta el centro de la *memoria peligrosa* de nuestra comunidad: a partir del itinerario de La Salle, descubre que en el corazón de la fundación, estaba una experiencia de ser Iglesia, pero de otra manera. Juan Bautista de La Salle, *renunciando a sus privilegios abraza una comunidad de laicos, se hace laico con los laicos, sale de una Iglesia clerical cerrada en sí misma*, hacia una Iglesia para el mundo, especialmente el mundo de los pobres. Deja atrás una Iglesia poderosa para acercarse a una Iglesia servidora.

Esta acción del pasado debe iluminar e inspirar nuestro presente. Es un nuevo Éxodo para responder a nuevas llama-

das; es una invitación a vivir una Encarnación, en los nuevos escenarios que viven hoy los jóvenes; animados por esa doble pasión que constituye la vida del Hermano: pasión por Dios, pasión por los pobres, a partir de una fraternidad evangélica consagrada por el Dios Trinidad.

El Hermano Michel nos dice en esta presentación: *Soy consciente de que la utopía que sueño, si llega a la existencia, será muy frágil.* Pero, ciertamente, se trata de una fragilidad evangélica, la de los pobres de Yahvé, la de la pequeña semilla de mostaza, la de la levadura. Fragilidad que en realidad encierra un potencial enorme y que es una invitación a una vida religiosa, inculturada, creadora, en las fronteras, más libre. Fragilidad que tiene su apoyo en la esperanza:

- *la fragilidad lúcida de la esperanza del pobre,*
- *la fragilidad asegurada de la esperanza del cristiano,*
- *la fragilidad herida de la esperanza del hombre comprometido,*
- *la fragilidad orante de la esperanza del creyente,*
- *fragilidad responsable de la esperanza del enviado,*
- *la fragilidad disponible de la esperanza del servidor,*
- *la fragilidad fiel de la esperanza del peregrino.*

5. Hermano Noé Zevallos

En América Latina, sin duda, todos conocemos al Hermano Noé Zevallos, peruano de nacimiento y latinoamericano de corazón, que ha marcado nuestra Región con el testimonio de su vida y con su palabra ardiente. Creo que para mu-

chos Hermanos es también un importante icono lasallista. El Hermano Noé influyó profundamente en mi vida personal como Hermano, Amigo y Maestro espiritual. Fue quien me empujó a meterme en los caminos de un carisma más encarnado en el continente latinoamericano y en el mundo de los pobres... Un carisma encarnado es para mí uno de los secretos para comprender nuestra vida de Hermanos. Como bien sabemos nuestro Fundador siempre parte de una realidad en la que descubre a Dios. La Regla nos dice que *estuvo atento y se dejó impresionar* por ella. Se trata de una mirada compasiva que termina siendo compromiso activo en favor de los pobres, los menos amados y poco considerados.

El Hermano Noé, tenía muy clara esta intuición de nuestros orígenes y la vivió toda su vida personalmente. Carisma encarnado porque el Dios que encontramos cada día en el cara a cara personal, se hace también presente en los acontecimientos, en las personas, en la vida y especialmente en el mundo de los pobres. A este mundo con su palabra y su ejemplo, me acercó el Hermano Noé. El mundo de los pobres del Perú y de América Latina fue una de sus grandes preocupaciones. No sólo luchó porque pudieran decir su palabra, sino que fueron para él mediación privilegiada de su encuentro con Dios.

Por eso, a finales de julio del 2006, en el Simposio Internacional de Jóvenes Lasallistas celebrado en Roma, en donde se reunieron jóvenes de más de treinta países para reflexionar sobre una *Misión posible y un sueño compartido*, comencé mi mensaje recordando aquella poesía que siempre me

ha encantado, en la que el Hno. Noé nos invita a pedirle al Señor la capacidad de entregar la vida, *como la mañana al sol que la despierta, como la playa al mar, cuando la besa, como la nube al viento que la lleva.* Y a pedirle *que no mitigue nuestras sedes ni aplaque nuestras hambres sino que nos empuje a la vida.*

Su vida, ciertamente, no estuvo exenta de penas y contradicciones. Abrir caminos nuevos que nos acercan a los pobres tiene siempre su precio, como lo tuvo para los profetas. Pero vivió con profunda fe y con un incuestionable amor al Instituto y fidelidad a la Iglesia estas pruebas. Se hizo célebre su frase: *La vida tiene también sus domingos, o aquella otra, todo es gracia, incluso el mal, incluso el pecado.*

El Hermano John Johnston con ocasión de su muerte escribía: *Noé fue filósofo, teólogo, escritor y maestro muy competente... la sed de Noé de una legítima liberación del pobre y del oprimido no fue resultado de una ideología. El origen fue su misión con Cristo y su entrega al mensaje de Cristo. Amó a la Iglesia aun cuando se lamentara de lo que consideraba ser sus inadecuadas respuestas...*

Pero probablemente el más bello testimonio es el que nos dejó el mismo Hermano Noé, en una carta testamento dirigida a sus Hermanos de Distrito: *Les digo con absoluta sinceridad que me someto fiado en todo a la voluntad de Dios para conmigo. Si desea mantenerme en su servicio unos años más: heme aquí. Si desea recibirme en su Reino: hágase su voluntad. He cometido muchos errores y he sido y soy pecador, pero les puedo asegurar que la Palabra de Dios como alimento*

y como guía de mi vida me ayudó a sobrepasar todas las dificultades...

6. Hermano Sebastián Farró Soler

El Hermano Sebastián fue un Hermano catalán que trabajó toda su vida en el Distrito de Centroamérica-Panamá y que me ha marcado profundamente, lo mismo que a todos los Hermanos del Distrito. No dudo en considerarlo como un icono profético para los Hermanos. Hablar del Hermano Sebastián, para los que tuvimos la suerte de conocerle y vivir con él, es hablar de un Hermano fuera de lo común, de un Hermano extraordinario. Viví con él en mi primera comunidad del Colegio La Salle de Antigua y lo que entonces más me llamó la atención fue la autenticidad y radicalidad de su vida religiosa y la capacidad enorme de sus conocimientos en múltiples campos. Fue allí en donde se preparó a asumir el Instituto Indígena Santiago, una Escuela Normal para la formación de maestros indígenas para el área rural, que marcó posiblemente la etapa más importante de su vida y que influyó definitivamente en la orientación que nuestro Instituto tomó en Guatemala dando prioridad al servicio del mundo indígena que él tanto amó.

Del Hermano Sebastián aprendimos que hay que estar atento y dejarse impresionar –como lo hizo el Fundador– por la situación de los empobrecidos y excluidos; que hay que saber dar respuestas a sus urgentes y dramáticas necesidades; y que para que estas respuestas sean eficaces hay que leer mucho, prepararse, estudiar y sobre todo ser sensible.

Con el tiempo comprendimos que la credibilidad del Hno. Sebastián estaba en su coherencia y autenticidad. Él fue coherente, con esa misma coherencia del Señor de La Salle, quien tuvo el coraje de lanzarse a la búsqueda de soluciones a necesidades fuertemente sentidas. Y también era creíble porque fue un visionario que no tuvo miedo a lanzarse –con creatividad evangélica- a nuevos proyectos en favor de los más pobres, los indígenas mayas de Guatemala.

El Hermano Sebastián fue declarado por la UNESCO: Amigo de los Mayas. Y él, en un informe que recogía parte de su vida nos decía: *Mientras tanto, al frente del Instituto Indígena Santiago, desde 1966 como primer director puesto por la Congregación de los Hermanos de La Salle, y luego como Secretario y Consejero primero, he tratado de hacer estudiar carreras universitarias de interés para el pueblo, a los alumnos mejor dotados, proporcionando becas y otras ayudas para varios de ellos. Y así tenemos ya 8 médicos en ejercicio, varios ingenieros agrónomos, abogados, licenciados en filosofía, pedagogía, etc. Pude enviar a España a 2 técnicos de conservería vegetal (3 años) en Alfaro (La Rioja), en una escuela del Ministerio de Agricultura del Estado Español. Estoy persuadido que es absolutamente necesario que el cooperativismo agrícola entre pronto a los procesamientos y al mercado... También he realizado trámites y asesorías para consecución de fincas grandes, a favor de muchas familias indígenas en el área del municipio de El Estor. He hecho arreglos financieros, usando nuestra personalidad jurídica, para que no pasase a otro terrateniente una finca de 1.080 hectáreas, con 100 familias. Y también he realizado tramitaciones para adquirir otra finca de 1.305 hectáreas, para otras 100 familias.*

Lo que no dice el Hermano Sebastián es que siguió la carrera de Economía avanzado ya en edad, cerca de los 70, porque veía una manera concreta de servir mejor al pueblo indígena, que sacrificó sus viajes a España para emplear el importe en las becas universitarias de las que nos hablaba, y que el proyecto de las fincas de El Estor para familias indígenas lo realizó cuando pasaba ya los 80 años.

Como todo profeta, el Hermano Sebastián también fue un hombre de Dios. Al final de su vida y cuando yo ya estaba en Roma, en las ocasiones que pude encontrarlo lo que más me impactaba eran las horas que pasaba en la capilla, en una oración que siempre fue esencial en su vida...

Con ocasión de sus 80 años, dos Hermanos del Distrito dieron este testimonio: *Así, en el tejido diario y común de la vida, vemos a un hombre que responde como Hermano: Son las siete, las ocho de la noche y lo encontramos leyendo. Es un Hermano que se actualiza, se entera de lo nuevo, profundiza... Son las 9 o las 10 y lo vemos orando... Es un Hermano que ha puesto a Dios como el centro de su vida. Son las 11 o las 12 de la noche y lo vemos trabajando, haciendo cálculos, planificando, desarrollando el futuro... Es un Hermano de trabajos sin horarios... Son cada una de las 24 horas del día y cargando el futuro, Sebastián se va fundiendo con la creatividad de Dios; porque no es estéril, porque a su edad, muchos de nosotros apagaríamos la vela y dejaríamos de transmitir luz...*

En fin, creo que el Hermano Sebastián ha sido un regalo de Dios para el Distrito de Centroamérica y Panamá. Un hombre que supo hacer esa síntesis vital, que todos desea-

mos, entre el amor a Dios y el amor al hermano/a, sobre todo a los jóvenes pobres que más necesitan de nosotros.

Conclusión: Mística y profecía

Al terminar estas reflexiones me vienen a la mente las palabras de uno de nuestros profetas actuales, poco antes de ser asesinado: *Tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en la tierra, pero el corazón bien lleno de Evangelio y de Dios* (Monseñor Oscar Romero, 27 de agosto 1978).

Tener los ojos bien abiertos y el corazón encendido, fue también lo que nos pidió nuestro último Capítulo General. Y tener los ojos bien abiertos nos hace tomar conciencia de que estamos viviendo un momento difícil de la historia humana y un momento delicado en la vida de la Iglesia. Seguramente todos lo hemos experimentado así, particularmente durante este año que termina. Personalmente no pienso que sea un momento negativo, sino de gracia. Los profetas vivieron en situaciones similares y en tiempos de crisis. Esto puede ser para nosotros una nueva oportunidad. Como decía Einstein: *No pretendamos que las cosas cambien si hacemos siempre lo mismo. La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia, como el día de la noche oscura. Es en la crisis que nace la inventiva, los descubrimientos, y las grandes estrategias... Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía. Sin crisis no hay méritos. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno, porque sin crisis todo viento es caricia.*

Con Isaías podemos preguntar al Señor: *¿Centinela, cuánto queda de la noche?* (Is 21, 11). Y con el obispo italiano cuya causa de beatificación ha sido ya introducida, Tonino Bello, podemos hacernos otras preguntas. *¿Cuánto tiempo tendremos que seguir luchando todavía? En esta lucha contra las fuerzas perversas que oprimen al hombre, ¿hay una meta que se acerca, o estamos destinados a jugar interminables tiempos suplementarios que se añaden unos a otros sin fin? ¿Habrá un silbato final que ponga fin al partido? ¿Tardarán todavía mucho en perfilarse los horizontes de la tierra prometida? Y, ¿entraremos nosotros en esa tierra? ¿O nos tocará sólo mostrarla como Moisés?*

Probablemente la mejor respuesta sea la de la joven mística judía Etty Hillesum, víctima de la Shoah: *¡Dios mío, son tiempos tan angustiosos! Esta noche por primera vez estuve despierta en la oscuridad, me escocían los ojos, y ante mi pasaban imágenes e imágenes del dolor humano. Pero hay una cosa que me resulta cada vez más evidente, o sea, que tú no nos puedes ayudar, sino que tenemos que ser nosotros los que te ayudemos, y así nos ayudemos a nosotros mismos.* Sí el Señor nos quiere profetas y cuenta con nosotros, debemos ayudarle.

Conscientes de que el carisma de los inicios necesariamente se institucionaliza, es importante volver periódicamente a las fuentes para descubrir mejor las intuiciones primigenias y encarnarlas con creatividad en nuestro hoy, integrando mística y profecía, porque la mística como experiencia de Dios en la persona humana es esencialmente profética. Como los profetas, es en Dios y en su presencia cercana e incondicional donde finalmente debemos poner nuestra

confianza, como lo hizo nuestro Fundador en los *calamitosos tiempos* que le tocó vivir, según su testamento, y con él los invito Hermanos a que hagamos nuestra su profunda convicción: *Si esta obra es de Dios, ¿quién la podrá destruir? Si Dios no está en su origen, consiento en su ruina. Trabajaría yo mismo con mis enemigos en su destrucción, si creyera que no tuvo a Dios por autor, o que Él no quisiera su progreso. Si Él se declara su defensor, no tengamos miedo de nada. Él es el Todopoderoso. Ninguna mano puede arrancar lo que Él ha plantado; ninguna puede arrebatarse lo que tiene en las suyas...* (Blain, Vida del Padre Juan Bautista de La Salle, Libro III, RELAL, pág. 62).

Que María Reina de los Profetas, que en el Magníficat canta al Dios que ha hecho maravillas en su sierva, enaltece a los humildes y colma de bienes a los hambrientos nos acompañe en esta maravillosa aventura y avive el fuego de nuestra pasión por Dios y por los pobres.

Fraternalmente en De La Salle:



Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General